



Nuevas esperanzas para la humanidad y otros microrrelatos

Gabriel Jiménez Emán¹⁰²

Nuevas esperanzas para la humanidad

Dentro de ciento veinte años, ninguno de los seres humanos que habitan actualmente el planeta (ni siquiera ese niño que en este mismo momento acaba de nacer) estará con vida. Existe la posibilidad de que la medicina o la ciencia descubran para entonces fármacos o procedimientos artificiales que puedan alargar la vida un poco más, no mucho, lo cual no altera para nada la peculiar circunstancia que nos permite, ciertamente, albergar nuevas y distintas esperanzas de vida para la humanidad.

No lea esto, por favor

le recomiendo, amigo lector, hipócrita lector, que no lea este artículo. No sacará nada bueno de él. Será una pérdida de tiempo, mas bien pudiera ser algo peligroso para su salud, para su educación, para su cultura. No aprenderá nada nuevo, se lo aseguro. Será mejor que se ponga a hacer otra cosa. Vaya ahora mismo a hablar por teléfono, por ejemplo, o diríjase a su escritorio y haga esa importante llamada a su esposa, a su novia, a su jefe, a su amigo, a su hija. Si tiene cerca a su familia, vaya a ayudar a su hijo a hacer la tarea o a vaya a la cocina a darle un cálido beso en la mejilla a su mujer y ayúdela a preparar el almuerzo, o aconseje a su hija de no salir por la noche hasta tan tarde, con lo peligrosa que está la calle con tanto loco suelto. O póngase a ver la televisión, a pasar los canales con su control remoto eligiendo pronto un programa de noticias, una película, un show, un video clip o un programa de concursos. O la radio: préndala ahora y sintonice una buena música o un noticiero, o simplemente quédese oyendo ese programa de variedades, o la entrevista al político local. O vaya y encienda la computadora, haga clic con el ratón en el icono de Internet Explorer y navegue, déjese llevar por los sitios Web, métase

102 Gabriel Jiménez Emán: (Caracas, 1950). Poeta, narrador, ensayista, traductor, editor y profesor con una amplísima bibliografía que ha sido traducida a varios idiomas y recogida en numerosas antologías. De sus libros de poesía destacan *Materias de sombra* (1983), *Narración del doble* (1978) y *Proso estos versos* (1998). De sus libros de relatos *Los dientes de Raquel* (1973), *Los 1001 cuentos de 1 línea* (1980), *Relatos de otro mundo* (1988) o *La gran jaqueca y otros cuentos crueles* (2002). Algunas novelas son *La isla del otro* (1979), *Una fiesta memorable* (1991) y *Paisaje con ángel caído* (2004). También ha publicado varios libros de ensayos y su obra ha sido reconocida con diversos galardones.



en la página donde le ofrecerán un hermoso menú con lo que usted necesita, escriba la palabra necesaria y déle a la tecla *enter* para que vea aparecer allí el tema que anda buscando, esa información para divertirse con sus amigos, o estudiar, o llenar sus requisitos en la Universidad. O sencillamente abra su correo electrónico y escríbales a sus amigos, no lo dude.

Si no está haciendo nada de esto en este instante, entonces salga a la calle, dirjase al mercado o haga las compras del día. Adquiera cualquier cosa: unas naranjas, un paquete de harina, un enlatado, un chocolate. O deténgase en una tienda y adquiera una camisa, unos zapatos, una cartera, una correa, un nuevo reloj, cualquier cosa que le haga sentir mejor. O sencillamente entre a un bar y tome una cerveza, refréscuese bien, ahhh, con un buen trago de birra mientras ve el menú y ahora, en la segunda cerveza, si ve un amigo conocido, póngase a conversar con él, búsquele la lengua, pregúntele cualquier cosa para que él le responda algo y así tendrá un motivo para hablar. Si no lo desea entonces busque un periódico cercano para distraerse y vea los avisos funerarios para averiguar quién ha fallecido, de una hojeada a los titulares de los accidentes, asesinatos, secuestros, robos, y alégrese de no estar inmiscuido en ninguno de ellos, o de no haber sido usted el muerto. Qué reconfortante es decir para el fondo a uno mismo: no fui quien murió, ellos están fritos pero yo aún sigo vivo. Lea las informaciones locales breves, los tips o las reseñas, pero no lea artículos de opinión muy profundos, no pierda el tiempo en eso que no ganará nada ni cambiará un ápice el mundo circundante. Mejor será que vuelva a la carta de la comida y elija un jugoso bistec, una dorada pechuga de pollo, una fresca ensalada o una reconfortante sopa. Después ordene una torta de chocolate o crema, exija un café y encienda un cigarrillo, ahhh, qué placer ese humo caliente pasando por su garganta y cerrando con broche de oro su almuerzo de hoy. De ahí se levantará usted como nuevo, se lo aseguro.

Después puede pasear si lo desea por la plaza más cercana y mirar un rato las flores, la estatua ecuestre del Libertador o sentarse a sus anchas en un banco a mirar los árboles o los pajaritos mientras silba una melodía, y si es posible mire hacia el cielo a mirar algunas nubes, porque las nubes siempre nos refrescan la mente, o quédese mirando el cielo azul y pensando en la inmortalidad o el infinito. Eventualmente puede aparecer por la plaza un amigo: saludelo y comparta con él algunas chistes o chismes sobre política regional o de gente que metió la pata, del gobierno que no sirve, del Estado que no funciona, las calles están hechas un asco; o si lo prefiere y se halla de buen humor hable del buen clima que está haciendo, no ha llovido mucho, el calor está soportable, ayer terminaron una nueva avenida, hay esperanzas en la sociedad.

También existe la posibilidad de ir a una buena obra de teatro, un concierto, o ver una película en el cine. Después de todo, las películas han sustituido a los libros, todo ha sustituido a los



libros: los videos, las fotos, la televisión, la realidad virtual. Los libros cansan a la gente y pueden ocasionar trastornos cerebrales, haciéndote pensar demasiado en cosas profundas que a la postre te producirán bostezos o te harán sentir mal. Mucho cuidado con ir a comprar la novela que acabada de ganar el Premio Internacional de Novela, un ejemplar costoso que está en todas las librerías y que le va a granjear mucho prestigio si lo tiene sobre su escritorio y luego empieza a girar por toda la casa y ni usted ni nadie va a tener tiempo de leer y entonces el pobre ejemplar va a servir para sostener la pata de una silla rota. Opte por una película más bien, pero si la película que anuncian en cartelera no te gusta, da unas vueltas por el centro comercial y mira las vidrieras o entra al supermercado a comprar alguna cosa especial: un aceite de oliva, un buen embutido o queso pecorino. Si viendo las tiendas se encuentra con alguna linda muchacha que le sonría bonito acérquese e invítela a un helado, que del helado pueden surgir muchas cosas estimulantes, incluso excitantes como una invitación a cenar o a bailar y quizá de allí a un hotel, quién sabe, quien no arriesga nada no consigue nada.

Ahora claro, todo esto puede hacerlo si no se encuentra usted esclavizado a una oficina o es un funcionario que debe trabajar cada día como un enajenado; depende también si es día de semana normal y corriente, quiero decir, que no tiene que estar usted en su trabajo frente a una computadora redactando oficios o memos o comunicaciones o qué se yo, o si es obrero o campesino o trabajador en una fábrica o médico o ingeniero o psiquiatra o militar o abogado o farmacéuta o dependiente en una tienda donde puede vender ropa, teléfonos, artefactos domésticos, carne, pan, verdura, frutas.

Le recomiendo que si al final del recorrido ha llegado al kiosco de los periódicos y ha elegido éste que ahora tiene entre sus manos y ha abierto la página de opinión, no vaya usted a leer este artículo porque ese precioso tiempo puede usted dedicarlo a arreglar su automóvil, a pagar la luz, el teléfono o el agua, el servicio de TV o ir al Banco a hacer una transferencia o cobrar un cheque o meter la tarjeta de débito en el telecajero para poder tener su reconfortante fajo de billetes en efectivo en su bolsillo.

La verdad, no tiene usted idea de cuántas cosas útiles puede estar haciendo en este momento. Por favor, no se quede como un imbécil silencioso sosteniendo el libro en las manos. Si ha llegado al final de este texto le aseguro que es usted una persona desocupada y ociosa con ganas de perder el tiempo, un perezoso o un rebelde sin causa. No tiene usted remedio, se lo aseguro, alguien que no tiene que hacer nada en este aburrido mundo como no sea ponerse a perder su valioso tiempo leyendo este montón de palabras que no llegan a ningún lado ni a ninguna conclusión, de modo que en este instante le recomiendo, amigo lector, hipócrita lector, monstruo delicado como decía



Apollinaire, le recomiendo que deslea de atrás hacia delante todo este escrito palabra a palabra, borre su título y su autor y haga de cuenta que el libro, la ciudad y hasta el día en que lo compró e inclusive usted mismo ya no existen o no han existido nunca, eso es lo más probable.

Viaje por la nada

Estoy pensando en nada. No estoy pensando en nada. En absolutamente nada. Ni siquiera estoy pensando en no pensar en nada o en dejar de hacerlo. Vacío, sin ideas, sin comparar esto con lo otro, nada con nada, despojado, claro por dentro, cristalino, como si me hubiera dado un baño de aire en los huesos, una ducha de agua clara en los nervios, y por los músculos me bajase una corriente benigna que me hace flotar en una nube, con una nube, como una nube. Soy nube que no piensa, sólo se deja ir por el cielo, blanca, esponjada, feliz, viaja sin objetivo y se va dispersando, desinflando, deshilachando hasta quedar completamente deshilvanada y etérea. Éter sobre éter, aire sobre aire, vacío sobre nada, nada sobre vacío, brisa que borra brisa, viento que silba, aúlla y penetra en el oído del ojo, en la piel del oído, en la lengua de la piel, en la pupila de la lengua, en la piel del aire del oído hasta hacerse invisible, inaudible, impalpable, inolible, impensable y desaparece, borra palabras dichas y sonidos, signos y vuela, vuela hacia más arriba de la atmósfera, traspasa el ozono y la gravedad hasta alcanzar el espacio, más allá, hacia lo desconocido, lo cósmico, las estrellas tristes, la noche, el silencio de los astros, los planetas que miran la oscuridad, el interior de las sombras, el tejido de la ausencia de la luz, la total ofuscación cósmica hacia donde las almas se redimen, flotan en el agua sideral, los espíritus no sufren, penetran los hálitos de la parca respiración de lo no dicho, están ahí sin ser advertidos, como un objeto no advertido y un sonido no pronunciado, un algo que murmura, masculla soledad, murmura, masca y vuelve a mascar sonidos inaudibles dentro del espacio ignoto, intraspasable, todo devuelto y envuelto en sombras blancas y negras y blancas y negras otra vez, luces que se encienden dentro del negro y el blanco a un tiempo, sitio donde no existe infierno ni paraíso ni bien ni mal ni ángel ni demonio, ni odio ni amor, tiempo sin rostro donde no hay imágenes de dioses, sino una ausencia inmensa de sentires o pensares lanzados al viento sin preguntas y por ello mismo grandioso, inefable, cielo puro donde gestos y movimientos se absuelven por sí solos sin necesidad de causa o efecto, donde el fin y el principio se confunden y todo queda justificado en la mínima respiración de una hoja en un bosque, de una brizna en un desierto, de un hilo de luz en una mañana remota, de un semigris en el avance de un crepúsculo, de un rocío sobre el ojo de una hormiga, en el último diente de una pulga, en el último átomo de un diente que carcome la célula madre, la célula originaria de donde todos surgimos, y ese silencio de la gestación se deposita en cada molécula, en la cadena de cada átomo para así sobrevivirnos, para dar un extraordinario grito mudo en la noche de la nada.



El texto perfecto

El texto de este escrito ha sido corregido exhaustivamente. Una y otra vez ha sido revisado sin cesar. Ha sido despojado de erratas. Su prosodia es impecable. Su léxico pulcro. Le han sido extirpados adjetivos superfluos. No posee metáforas innecesarias, ni ambigüedades. Su lenguaje es claro. Su texto preciso. Su redacción perfecta. Su letra nítida, sus sonidos puros. Su forma perdurable. Nadie puede hacerle reparos. Es imposible. No serviría de nada.

De nada.

Coleccionista

Más que leer libros, me gusta coleccionarlos, tenerlos, poseerlos, sentir que son míos. Les estampo mi firma, me apropio de ellos, me siento dueño de los autores y de las obras. Van a dar todos a la biblioteca grande, de donde casi nunca los saco para leerlos. Mi placer consiste en saber que están allí, a mi servicio, a merced de mis manos; los tomo, los abro, los huelo, los palpo, leo un párrafo, dos a lo sumo, algunos finales o algunos comienzos y los vuelvo a colocar en su sitio. Hay algunos, unos pocos, que sí leo, pero esos están en otra biblioteca más pequeña, compuesta por libros que se presentan en ferias o cócteles, libros de autores fugaces, ediciones baratas, limitadas o artesanales, libros obsequiados por amigos, otros por autores anónimos o desconocidos.

Entre ambas bibliotecas se libran a diario encarnizadas batallas que ganan casi siempre los libros pobres, mediocres o solitarios de mis amigos o enemigos.

(Inéditos)